

PERSPECTIVAS DE LAS RELACIONES ENTRE AMERICA LATINA Y LOS PAISES DE LA LIGA DE LOS ESTADOS ARABES*

Paulo de Tarso Fleixa Lima

Lo que nos mueve con respecto a este tema es, sobre todo, la necesidad de un conocimiento mutuo más profundo, a fin de que podamos comprender mejor nuestras condicionantes con más discernimiento y podamos elegir las mejores formas de acción conjunta. Por eso en la primera parte de mi trabajo trato de trazar un panorama de la actual situación económica mundial, sobre todo con respecto a los desequilibrios hoy reinantes, y que constituyen variables claves en la determinación de las perspectivas que se presentan para los países en desarrollo. A continuación me referiré a la situación económica de los países de América Latina y de la Liga Arabe, cuyos esfuerzos de desarrollo han sido seriamente obstaculizados por una coyuntura internacional desfavorable. Por fin, teniendo como telón de fondo las realidades más globales de orden económico internacional, trato de evaluar las posibles respuestas y reacciones de nuestras economías, con miras a extraer líneas de acción que puedan llegar a reforzar y dinamizar el intercambio económico entre las regiones.

Una de las características más marcantes de la conturbada década del 80 es justamente la dificultad de pronósticos más precisos, de definición de tendencias más claras, en virtud de las bruscas y frecuentes transformaciones que vienen ocurriendo en el escenario internacional.

El orden económico actual está marcado por tres grandes desequilibrios: comercial, presupuestario y financiero. Aunque en los últimos cinco años las economías desarrolladas hayan mantenido tasas relativamente estables de crecimiento económico, dicho crecimiento ha sido poco dinámico y caracterizado por señales de debilidad, que resultan en perspectivas sombrías acerca de la evolución de la economía mundial.

*Basado en la conferencia del Señor Secretario General de Relaciones Exteriores, Embajador Paulo Tarso Fleixa Lima, con ocasión del Seminario sobre Relaciones Políticas, Económicas y Culturales Arabe-Latinoamericanas, celebrado en Brasilia, Palacio Itamaraty, el 22 de Setiembre de 1988.

En la década del 60, la tasa promedio anual de crecimiento del PBI *per cápita* en los países industrializados fue de 3,9% en términos reales. En los años 80, la referida tasa ha sido de 1,9%. En virtud de la acentuada correlación entre el ritmo de crecimiento de los países industrializados y el desempeño de los países en desarrollo, estos últimos, en especial los más pobres, retrocedieron en términos de renta *per cápita* en la década del 80 y difícilmente recuperarán, hasta fines de la misma, los niveles alcanzados en los años 60 y 70.

Sabemos que los flujos internacionales de comercio son un elemento determinante para el desempeño de las economías en desarrollo, pues justamente con los flujos financieros constituyen su principal canal de comunicación con el exterior. Además, dos tercios de las exportaciones de los PED's se dirigen a las economías industrializadas. En consecuencia, nos preocupan especialmente las enormes fluctuaciones cambiarias entre las principales monedas y la intensificación de prácticas proteccionistas, que contribuyen a aumentar la incertidumbre e indican la posibilidad de cambios en la dimensión y en la dirección de los flujos de comercio mundial.

El gigantesco déficit comercial de los Emiratos Arabes Unidos, y el enorme superávit global japonés y alemán constituyen un foco permanente de inestabilidad y contribuyen a la adopción de prácticas proteccionistas.

Además, se observa un preocupante cambio de dirección de los flujos de comercio en el mundo. Son evidentes los cambios fundamentales en la estructura del comercio de *commodities*. Los países desarrollados intercambian porciones cada vez mayores de esos productos entre sí, y persiste el deterioro en las relaciones de intercambio. Además de factores coyunturales, están en curso tendencias estructurales desfavorables a la demanda de productos básicos, como consecuencia de modificaciones en las preferencias de los consumidores y de transformaciones tecnológicas.

Hoy son claramente perceptibles los cambios en las ventajitas comparativas dinámicas en el comercio mundial. Por un lado, se verifican extraordinarios rendimientos de competitividad en sectores industriales intensivos en mano de obra por parte de los nuevos países industrializados. Por otro lado, ganan creciente relevancia los sectores de bienes y servicios intensivos en investigación, que constituyen la base de sustentación de un nuevo ciclo expansivo en las economías desarrolladas.

Esas nuevas ventajas comparativas deberían asegurar un acceso cada vez mayor de exportaciones de bienes industriales tradicionales de los PED's a las economías desarrolladas. A pesar de este panorama, los países industrializados se inclinan, cada vez más, a la aplicación de medidas proteccionistas, en un esfuerzo por asegurar, artificialmente, la sobrevivencia de sectores obsoletos y poco competitivos. Tales medidas, de naturaleza ineficaz y dispendiosa, provocan distorsiones y acentúan la concentración de la riqueza a nivel mundial. Datos del Banco Mundial indican que, en 1986, cerca de 20 por ciento de las exportaciones de los países en desarrollo sufrían la imposición de barreras no tarifarias, como acuerdos de restricción voluntaria de exportación y acuerdos de cuota para productos industrializados.

Los flujos financieros internacionales, que se dirigían en el sentido Norte-Sur, pasaron a mostrar un dramático vuelco a partir de 1982. Paradojalmente, el Tercer Mundo se transformó en exportador neto de capital hacia el mundo desarrollado. Antes de la crisis financiera de 1982, la transferencia real de recursos financieros norteamericanos para América Latina era superior a US\$ 10 mil millones anuales. En 1987, al contrario, fue esta región la que envió al exterior 15.700 millones. En el período 1982-1987, América Latina transfirió recursos que sumaban 145.800 millones. En el caso brasileño, la renta neta remitida en 1987 fue de 10.900 millones, equivalente a 3,5% del PBI.

En los últimos años, Estados Unidos ha actuado como centro de absorción de la liquidez de su enorme déficit fiscal y comercial. En 1986, cerca de 80% de los préstamos internacionales fueron captados por las naciones industrializadas. La superación de las pequeñas tasas de crecimiento mundial y el retorno de la expansión dependen, en gran parte, de una mayor coordinación de las políticas económicas de los países ricos, para sincronizar una reducción del déficit de Estados Unidos con una expansión económica de la RFA y de Japón.

No obstante la heterogeneidad de los países latinoamericanos, podemos identificar denominadores comunes en un balance preliminar de la crisis económica que atraviesa la región. Como primer punto en común, tenemos la dimensión financiera de la crisis, resultante de la elevación de las tasas reales de interés, de la retracción de los flujos financieros externos y de la exportación de capitales de América Latina hacia el mundo desarrollado. Los programas destinados a

corregir desequilibrios en la balanza de pagos han producido elevados superávits, pero a costa de cortes en las importaciones y sucesivas devaluaciones cambiarias. La reducción de las importaciones de bienes intermediarios y de capital dificulta el mantenimiento de niveles adecuados de actividad económica y de inversiones. En 1981, las importaciones de América Latina como un todo eran muy superiores a las cifras de 1987: de 102.900 millones de dólares, cayeron en este período a cerca de 65.000 millones de dólares. Al mismo tiempo, se convive con barreras proteccionistas cada vez mayores, y con una caída en las relaciones de intercambio: los precios promedio de los productos exportados por la región en 1987 equivalían al 73% de los precios vigentes en 1980.

En 1987, la economía latinoamericana experimentó una reducción en su ritmo de crecimiento. El PBI regional presentó un crecimiento de sólo 2,6%, inferior al promedio de los tres años anteriores. La necesidad de mantener políticas de ajuste marcadamente recesivas generó consecuencias graves sobre los niveles de empleo y la estructura distributiva. La transferencia de ahorro interno para financiar el servicio de la deuda constituye un obstáculo para los esfuerzos de promoción del desarrollo y de superación de la crisis.

Me he extendido intencionalmente sobre los factores que han caracterizado a la economía internacional, en razón de su decisiva influencia sobre las perspectivas de desarrollo de las economías del Tercer Mundo. A pesar de la diversidad de las economías de los países latinoamericanos y árabes, algunos condicionantes externos inciden de manera semejante sobre ambas regiones. De esta forma, fenómenos tales como los déficits presupuestarios de la mayoría de los países de la OCDE; el proteccionismo en la Comunidad Económica Europea, en Japón y en EEUU; elevadas tasas reales de interés, y precios internacionales declinantes de los productos exportados por los PED's han generado un impacto marcadamente negativo sobre las economías de los países de la Liga Árabe y de América Latina.

El mercado del petróleo -de decisiva importancia en la evolución económica de los países árabes- pasó por transformaciones estructurales en los casi treinta años de existencia de la OPEP. Esa organización, en sus primeros 12 años de funcionamiento, o sea, hasta 1972, logró que los países miembros fuesen obteniendo paulatinamente mayor control sobre la producción interna de petróleo. La participación de Venezuela, y más tarde

de Ecuador, en la OPEP atestigua una colaboración, en un área específica, entre países árabes y los citados países de América Latina.

La primera etapa de la OPEP fue marcada por el creciente control, por parte de los países miembros, sobre la propiedad de reservas, las actividades de prospección y explotación, y la comercialización del petróleo. Tales conquistas representaron un avance histórico inobjetable, que marchaba a la par de los esfuerzos en pro de una mayor soberanía económica de los países del Tercer Mundo. Eran metas que venían siendo formuladas con creciente articulación desde las primeras Conferencias de la UNCTAD. Los progresos en este área configuran una imagen de la OPEP reconocida por todos en América Latina, inclusive por países no miembros de la Organización. Vale recordar la negativa latinoamericana, y particularmente de Brasil, en adherirse a la propuesta de boicot, imaginada por compañías internacionales, en represalia a la nacionalización del sector petrolífero en países árabes. En el caso específico del Brasil deseo resaltar -por haber acompañado de cerca aquellos sucesos- que el apoyo ofrecido a la IPC por el gobierno brasileño, a través de la PETROBAS, con ocasión de la nacionalización efectuada por Irak, fue el factor instrumental en la afirmación del nuevo *status* con que el concedente pasó a dialogar con las concesionarias.

En la segunda etapa de la Organización, que se extiende desde 1973 hasta 1980, los países exportadores han encontrado condiciones para efectuar reajustes inusitados en los precios del petróleo crudo, e inclusive para fijar de forma directa las cotizaciones internacionales. Una vez más es importante resaltar aquí la solidaridad de que dieron prueba los países latinoamericanos importadores de petróleo, como Brasil, que jamás cuestionaron la legitimidad de las decisiones sobre los precios adoptados por la OPEP, por más duros que hayan sido sus efectos sobre nuestra economía.

A partir de 1980, año en que los precios nominales del petróleo habían alcanzado valores *record*, comienza una tercera etapa, marcada por la gradual caída de los precios internacionales del petróleo. Sería prematuro un diagnóstico sobre el trayecto de ese ciclo inacabado, cuyo fenómeno determinante fue el creciente volumen de producción de petróleo fuera del ámbito de los países de la OPEP. Comenzaron también a materializarse iniciativas en el campo de las investigaciones y de las inversiones en nuevas fuentes energéticas. Igualmente

contribuyeron a reducir la demanda del petróleo otros factores, tales como la comercialización de equipos que ahorran energía, el descubrimiento de nuevos yacimientos de gas natural, y la explotación del carbón sin los inconvenientes ambientales del pasado. Tales factores, aliados a la reducción de la actividad económica comercial mundial, provocaron una acentuada caída en los ingresos de los países exportadores de petróleo.

Esa reacción de los países consumidores trasciende en mucho los aspectos económicos y engloba consideraciones de seguridad interna de abastecimiento. Tales preocupaciones resultaron en el aumento de la participación de los países con producción más costosa y con menos reservas, y en la disminución de la participación de los productores más eficientes, dueños de las mayores reservas mundiales.

En este particular, Brasil es simplemente un ejemplo entre muchos. Sobre todo a partir de 1979, el país aceleró sus inversiones en busca de fuentes alternativas de energía, como demuestra el Programa Proálcool, logrando igualmente un importante aumento en la producción interna del petróleo, hoy por los 600 mil barriles diarios. Como resultado, las importaciones brasileñas del producto, que en 1981 eran de 10.500 millones de dólares, cayeron a cerca de 3.900 millones en 1987.

Sin duda, ha sido significativo el impacto de las caídas de precios y de volumen importado de petróleo sobre la economía de los países exportadores de la Liga Árabe. Países con grandes superávits en cuenta corriente pasaron, en los últimos cinco años, a sufrir déficits significativos. Son realidades de mercado que afectan, de formas dispares, a los países de América Latina, en beneficio de unos y en detrimento de otros.

Se tornó usual la presentación de estadísticas con clasificaciones que separan, por ejemplo, a países exportadores y países importadores de petróleo, o a países acreedores, por un lado, y a países deudores por el otro. Esas presentaciones, aunque faciliten la comprensión del papel de los actores económicos, pecan por su parcialidad y dificultan una visión global que deje ver interrelaciones más amplias. Tenemos que aprender a convivir con la realidad económica y administrarla en toda su complejidad. De lo contrario, incurriremos en el peligro de simplificaciones excesivas y soluciones inmediatistas.

Si, por un lado, las persistentes caídas del precio del barril de petróleo disminuyen los gastos de divisas por parte de países como Brasil, por otro lado también comprometen programas de inversiones que se venían realizando en fuentes alterna-

tivas de energía. En una segunda instancia, esas caídas también tienen impacto negativo en las exportaciones dirigidas a países que cuentan, prioritariamente, con ingresos obtenidos con la venta de petróleo al exterior. Los países industrializados bien saben lo que les ha costado, en pérdida de exportaciones, los procesos de ajuste de los países de la región latinoamericana, que fueron forzados a reducir importaciones para pagar el servicio de la deuda externa.

Frente al panorama poco alentador que se puede apreciar en los países en desarrollo, la cooperación Sur-Sur constituye una de las alternativas más viables para revertir, en favor de dichos países, la tendencia negativa que se observa. De este modo, los países del Sur deben tratar de vivificar los canales de comunicación entre sí, mediante esfuerzos para promover la cooperación y el intercambio mutuo.

No puedo dejar de mencionar, en esta oportunidad, el Sistema Global de Preferencias Comerciales (SGPC), que juzgo una iniciativa de gran importancia como instrumento de cooperación Sur-Sur. La conclusión de la Primera Etapa de Negociaciones, en abril de 1988, se configura como un marco decisivo en las relaciones entre los países en desarrollo. La lista de concesiones tarifarias de Brasil, que totaliza 98 productos, fue intercambiada bilateralmente con diecisiete países, entre los que se cuentan Argelia, Katar, Libia, Marruecos y Sudán. Este es un primer paso en la búsqueda de aumentos significativos de los flujos de comercio entre nuestros países. En la condición de uno de los principales promotores de la iniciativa, el Brasil espera darle continuidad, ahora con empeño redoblado, con miras a la obtención de un sistema de preferencias que sea lo más amplio posible.

Creo, sin embargo, que además de esa iniciativa global, nos toca armar una agenda propia para la cooperación entre América Latina y el mundo Árabe. América Latina cuenta con una población total de cerca de 416 millones de habitantes. En 1986 produjo 843.000 millones de dólares; presenta una buena infraestructura en materia de carreteras, comunicaciones y energía. Además, dispone de un complejo parque industrial, con capacidad ociosa en ciertos sectores, inclusive en el de bienes de capital, susceptibles de ser dinamizados. En los sectores de equipos petroquímicos, irrigación, minería, agricultura, industria alimenticia, vehículos automotores, aeronaves, productos de alta tecnología y servicios de ingeniería y proyecto, América Latina

ha probado que está en condiciones de competir, con ventajas, en el mercado internacional.

Desde los tiempos en que dirigí el Departamento de Promoción Comercial del Ministerio de Relaciones Exteriores, y ahora, como Secretario General de dicho Ministerio, vengo confirmando, con testimonios recurrentes, la viabilidad de un amplio campo de cooperación entre países árabes y latinoamericanos que extrapola, en mucho, el comercio del petróleo. Esa diversificación de productos y mercados de nuestra actuación comercial conviene a ambas regiones. Permite mayor flexibilidad externa y disminuye el grado de vulnerabilidad, sobre todo frente al proteccionismo de los países industrializados.

Veo como rasgo político determinante de esta cooperación que estamos ahora delineando, la naturaleza de genuina paridad de lo que se emprende. Ninguno de nosotros es movido por ambiciones de ganancias unilaterales o por pretensiones hegemónicas de cualquier especie. Al contrario, son precisamente las similitudes de nuestros perfiles de países en desarrollo y la identidad de nuestras aspiraciones de progreso y bienestar las que nos impulsan a buscar maneras de sumar esfuerzos. La premisa, por lo tanto, sobre la cual trabajamos y continuaremos trabajando aún más en el futuro es, y seguirá siendo, fraterna e igualitaria, libre de compromisos que no sean los de buscar siempre soluciones mutuamente ventajosas.

En términos concretos me parecen variadas las áreas para explotar y las actividades susceptibles de rápida dinamización. En la agricultura y en lo agropecuario la larga y diversificada experiencia latinoamericana exhibe resultados que la destacan en el contexto mundial y la habilitan para una provechosa interacción con los países árabes. La producción de granos, oleaginosas, azúcar y carnes, para citar sólo algunos ejemplos más destacados, denotan en América Latina niveles de productividad, en muchos casos superiores a los de cualquier otra región productora del mundo. Los países latinoamericanos se ven así en condiciones de asumir papeles de relieve como suministradores confiables de alimentos a los países árabes.

A ese respecto, debo decir que es con pesar que registramos la pérdida de algunos de estos mercados, en los cuales ya era tradicional y creciente nuestra presencia, debido a la competencia desleal que nos hacen la Comunidad Económica Europea y los Estados Unidos. Las ventas altamente subsidiadas de alimentos que promueven los países desarrollados, perpetúan sectores obsoletos en aquellas economías y desestimulan inver-

siones en áreas como las nuestras, donde se revela más eficiente la producción y donde son más promisorias las perspectivas de crecimiento.

De todos modos, me parece importante resaltar que más allá del propio comercio, se abren otras vías de cooperación en la agricultura y en lo agropecuario, actividades en que ya es considerable la capacidad tecnológica acumulada por América Latina y que es susceptible de aprovechamiento en otras regiones. Semejanzas climáticas en ciertas áreas pueden igualmente constituir un factor de acercamiento y de estímulo para que se compartan conocimientos en la actividad agropecuaria de ambas regiones.

En el sector industrial, existen potencialidades que se vuelven evidentes hasta bajo el examen del modesto elenco de productos que componen nuestra pauta de comercio. América Latina ya se sitúa, conforme señalé, como proveedora de una amplia gama de productos manufacturados y semimanufacturados, cuya calidad y competitividad ha estado a prueba en los grandes mercados mundiales. Además, las barreras proteccionistas que se alzan con insistencia en los países desarrollados, no revelan otra cosa sino su capacidad de penetración en aquellos mercados y su aceptación por parte de la industria de transformación y del consumidor.

Veo, también, otras oportunidades resultantes del proceso de sustitución de importaciones de bienes de consumo en que están empeñados algunos países del mundo árabe, con el objetivo de disminuir la dependencia de suministros externos de estos productos. En esta trayectoria, los países de América Latina podrían, de igual manera, ofrecer su contribución, tomando en cuenta el potencial de la región en el sector de bienes de capital, donde son imprescindibles las economías de escala. A través del suministro de equipos, el sector podría contribuir a la política de sustitución de importaciones llevada a cabo por sus socios.

En el área petroquímica existirán, seguramente, espacios por ocupar, mediante esquemas que complementen las dos regiones. Son importantes los intereses de ambas regiones en este sector, lo que, juntamente con la tradición ya establecida en el comercio del petróleo, parece proporcionar estímulo suficiente para iniciativas concretas.

Por otro lado, me parecen particularmente promisorias las perspectivas de una cooperación más estrecha en la variada gama de prestación de servicios. El acelerado proceso de

urbanización, visible en ambas regiones, exige crecientes inversiones en la instalación y mejora de la infraestructura urbana, tarea para la cual están hoy plenamente capacitadas las empresas de ingeniería y servicios que actúan en nuestras dos regiones.

Destaco, además, la cooperación tecnológica, inclusive en sectores de alta tecnología, como una vertiente en que no debemos dejar de concertar esfuerzos y atenciones. Es objetivo de nuestros gobiernos evitar que se perpetúe un modelo únicamente basado en el sentido Norte-Sur, que puede relegar nuestras economías a la condición de meras exportadoras de productos primarios o de bienes de modestos componentes tecnológicos. Las naciones en desarrollo tienen un natural y justificado interés en participar de los avances registrados en los grandes centros y, más que esto, en sumar esfuerzos tanto en la investigación cuanto en la absorción y diseminación de nuevas tecnologías.

En este campo, son múltiples los cursos de acción posibles y van desde el intercambio de científicos y técnicos hasta la ejecución de proyectos conjuntos de investigación, o hasta la instalación de unidades industriales donde se procese la transferencia de tecnología.

Resalto la cooperación científica y tecnológica, pues la absorción de *know-how* en condiciones más adecuadas se define como uno de los saltos cualitativos más fundamentales en el camino hacia la universalización del progreso. Nuestros países tienen un compromiso con el futuro y para cumplirlo no podrán abdicar del acceso al conocimiento ya acumulado, ni al derecho de elegir sus propios caminos rumbo a niveles más elevados de capacitación. Se presenta interesante, por lo tanto, el potencial de nuestra cooperación, sea en el área económica, comercial, científica o tecnológica. Nos toca definir las modalidades que mejor se adapten a nuestras conveniencias y a nuestras conocidas limitaciones de recursos.

A título ilustrativo, creo que la experiencia brasileña es valiosa, puesto que en los últimos años hemos podido desarrollar un programa que exhibe resultados alentadores. Hemos mantenido nuestras compras de petróleo a niveles elevados y estamos exportando hacia los países árabes una amplia gama de productos: alimentos, máquinas, vehículos, y, vale resaltar, servicios. En el área industrial, se han efectuado proyectos en conjunto con la transferencia de la tecnología, y el ejemplo más actual es la fabricación de aeronaves en Egipto. Esquemas

originales de comercio fueron concebidos mediante acuerdos entre gobiernos, los cuales permitirán dar una mayor fluidez a las corrientes de comercio bilaterales. Pienso que algunas de esas experiencias deben ser profundizadas y, donde todavía no existan, deben intentarse.

Entre las modalidades que me parecen capaces de dar un vigoroso impulso al intercambio de nuestras regiones destaco, desde ahora, la posibilidad de que los países árabes superavitarios, en sus políticas de compra de bienes y servicios a cargo del Estado ("*procurement*"), establezcan alguna forma de preferencia a suministradores del Tercer Mundo. Tal medida se constituirá en una valiosa contribución al esfuerzo de cooperación Sur-Sur y ofrecerá notable estímulo a importantes sectores de nuestra economía.

Una interacción más amplia entre las instituciones crediticias y de desarrollo, creadas en el ámbito de la OPEP y sus congéneres de América Latina, podrá proporcionar una mayor cooperación comercial y de inversión. Como los organismos árabes tienen dotaciones propias de capital, están tal vez más protegidos en contra de coyunturas negativas. Deseo, en este contexto, destacar la importancia de la asistencia financiera al desarrollo, ofrecida por los países árabes de la OPEP. No obstante las reducciones verificadas en años recientes (9,5 mil millones de dólares en 1980 para 3,6 mil millones en 1985) los referidos flujos financieros revisten gran importancia para los países beneficiarios. Es también digno de notar el hecho de que la asistencia financiera a los países en desarrollo ha representado, en 1985, cerca del 2,9% del PIB de Arabia Saudita y el 3,2 del PIB de Kuwait, a niveles superiores a los de los demás donantes.

Una dura realidad nos confronta en la cuestión del financiamiento del comercio: los países en desarrollo se encuentran hoy enredados en seria crisis de liquidez y el fenómeno, como sabemos, no es privilegio de América Latina. Conforme ya lo había mencionado antes, hasta los mismos países productores de petróleo se encuentran ocupados con una reversión en sus cuentas externas, donde se registra una preocupante tendencia deficitaria. Debido a esta circunstancia, dos opciones deben merecer una consideración más detenida por parte de las autoridades comerciales y financieras de nuestros gobiernos. En primer lugar, esquemas cerrados de comercio, del tipo *counter-trade*, que garanticen niveles adecuados de intercambio y estimulen la ampliación de la pauta bilateral. Otro camino

posible consiste en arreglos entre bancos estatales o bancos centrales de nuestros países, a través de los cuales se establezcan mecanismos de crédito recíproco capaces de atender a financiamiento del comercio en volúmenes satisfactorios. Conviene que tomemos conciencia de la necesidad de armar esquemas de este tipo si deseamos superar las condiciones inhibitoras actuales.

La consecución de nuevas áreas de cooperación y la intensificación del intercambio económico exige la creación de *joint-ventures* y el surgimiento de flujos más voluminosos e capital de riesgo. La inversión directa proporciona asociaciones más estables y duraderas, pues lo atestigua el crecimiento de las empresas multinacionales en América Latina. Muchas de ellas descubren nuevas oportunidades de inversión, lo que le ha permitido una diversificación de actividades.

En lo referente a las relaciones con los países árabes de economía socialista, tendrán forzosamente que prevalecer los entendimientos bilaterales a nivel gubernamental, con impulso directo, en muchos casos, de los propios Ministros de Estado, y la participación de grandes compañías de comercio.

Las opciones son por lo tanto variadas, y lo importante es sobre todo la voluntad política de sintonizar nuestra vocación de desarrollo y de complementar mutuamente nuestros esfuerzos.

América Latina y el mundo árabe tienen puntos de contacto históricos y culturales que los impulsan hacia un mejor conocimiento recíproco y a una más densa interacción. Los valores ibéricos y mediterráneos, que fueron trasplantados y que en gran parte moldearon las sociedades latinoamericanas, traían un valioso legado árabe, hoy enriquecido por la convivencia con sucesivos grupos de inmigrantes y sus descendientes, establecidos aquí desde el siglo XIX.

En América Latina, el Brasil fue uno de los pioneros en la búsqueda de mecanismos de comercio y cooperación con países de la Liga Árabe, con el objetivo de dinamizar y diversificar el intercambio. No siempre los resultados son tan claros cuanto nuestros anhelos. Pero no nos dejemos complicar sólo por consideraciones de coyuntura o simplificaciones equivocadas. Sepamos ver, con un horizonte más amplio, las oportunidades concretas que amplíen nuestras posibilidades de desarrollo y aseguren el bienestar de nuestros pueblos. Antes, el comercio en el sentido Sur-Sur era sólo una figura de retórica; hoy se transformó en exigencia ineludible.